Zonas de alteridad

Byung-Chul Han: Filosofía para la edad del caos

Mauricio Molina

La aparición del filósofo alemán de origen coreano Byung-Chul Han es uno de los acontecimientos más relevantes de la escena filosófica del siglo XXI. A través de libros como *La sociedad del cansancio*, *El enjambre*, *La agonía del Eros*, *Psicopolítica* o *La sociedad de la transparencia*, para sólo nombrar unos cuantos, Byung-Chul Han ha desarrollado un diagnóstico de la sociedad contemporánea a través de dos vertientes fundamentales: la extinción de las negatividades hegelianas (la excepción del eros, el secreto del individuo, la contemplación de la belleza) y la pasteurización de la sociedad a través de la dictadura del capitalismo. Byung-Chul Han elabora su análisis a partir de la paulatina desaparición de las sociedades disciplinarias descritas por Michel Foucault (*Vigilar y castigar*) frente al surgimiento del panóptico de la Red y la transparencia que nos ofrecen las redes sociales. Frente a la negatividad del erotismo aparece la positividad higiénica de la pornografía; frente a la explotación empresarial surge la figura del individuo que es al mismo tiempo su propio patrón y su propio empleado (este es uno de los grandes hallazgos del filósofo). La positividad de los libros de autoayuda (¡tú puedes!) contribuye a este estado de cosas. El *poder hacer* sustituye al poder en sí, la mera intención se sobrepone a la voluntad.

Discípulo de Heidegger y continuador de Adorno, Horkheimer y Benjamin, Han ha desarrollado puntos de vista inusualmente precisos para la filosofía alemana. Su prosa, compuesta de frases breves, de una sencillez deslumbrante, nos recuerda que se trata de un autor extraterritorial (en el sentido que da George Steiner a esta palabra) que ha hecho de una lengua extranjera su territorio. En una de las raras entrevistas que ha concedido, Han —un ingeniero metalúrgico coreano convertido en teólogo alemán— cuenta que él quería ser escritor antes que filósofo, pero que lentamente, con la pausada lectura de Hegel, Kant y Heidegger, fue encontrando su vocación filosófica. Como Nabokov o Beckett —este con el francés y aquel con el inglés—, Byung-Chul Han convirtió el alemán, una lengua muy refractaria, en un territorio rico en reflexión y nos lleva a pensar en aquella máxima heideggeriana: "el lenguaje es la casa del ser". Esta migración de un ingeniero coreano a la filosofía alemana constituye un relato digno de reflexión: al abandonar su lengua materna, Han comienza a pensar como filósofo alemán, es decir, con el bagaje de Kant, Fichte, Hegel, etcétera, en la mejor tradición del pensamiento alemán.

Tampoco está muy alejado del pensamiento y la imaginación francesas. En *La sociedad de la transparencia*, por ejemplo, echa mano de los conceptos que Roland Barthes utilizara en *Camera lucida*, su libro sobre la fotografía, para adaptarlos al análisis de lo social. Barthes distingue el *Studium*: la foto de paisaje, de turista, la imagen al pasar, del *Punctum*, la zona privilegiada de la fotografía artística, el punto único que sustrae la imagen completa hacia sí, una suerte de vórtice. Para Han vivimos en una sociedad carente de *Punctum*, sin momentos privilegiados (lo que Deleuze en sus estudios sobre cine llamara "momentos cualquiera"), en una suerte de superficie continua. Un espacio tiempo que es puro paisaje y no tiene nada privilegiado se convierte en un universo transparente, homogéneo.

La agonía del Eros es una suerte de apostilla a las reflexiones en torno al erotismo de Bataille y la teoría de la seducción de Baudrillard. Han elude en este libro la coartada psicoanalítica, como los autores mencionados, y reflexiona en torno al erotismo y sus connotaciones sociales oponiéndolo a la perversión higiénica del porno, con sus cuerpos que se revelan y vuelven ectoplasmas transparentes. Esa transparencia, nos dice, sustrae toda negatividad, necesaria para el erotismo. Citando de nuevo a Barthes en *El placer del texto*: "¿El lugar más erótico de un cuerpo no está acaso allí donde la vestimenta se abre? En la perversión (que es el régimen del placer textual) no hay 'zonas erógenas' (expresión por otra parte bastante inoportuna); es la intermitencia la que es erótica: la de la piel que centellea entre dos piezas (el pantalón y el jersey), entre dos bordes (la camisa entreabierta, el guante y la manga); es ese centelleo el que seduce, o mejor: la puesta en escena de una aparición-desaparición".

Byung-Chul Han reivindica el Eros como amor y lo relaciona con el sacrificio, estableciendo una línea genealógica directa con el Colegio de Sociología francés (Dumézil, Bataille, Leiris). La reflexión en torno al filme *Melancolía,* de Lars von Trier, supone para el filósofo coreano una representación, con todos sus ecos wagnerianos, del erotismo como amor. Antes que la obscenidad de lo visto, la opacidad de lo sentido. *La agonía del Eros* no es sólo una reflexión sobre el deseo, el cuerpo, sino una meditación mucho más extensa sobre el amor al otro, desde un punto de vista político: la alteridad como objeto no sólo de deseo sino de compasión y solidaridad.

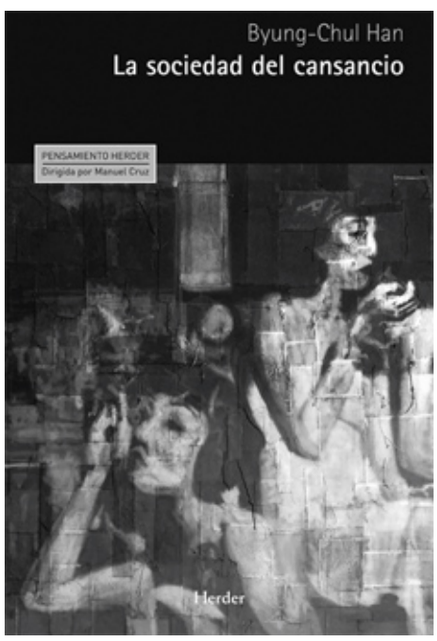
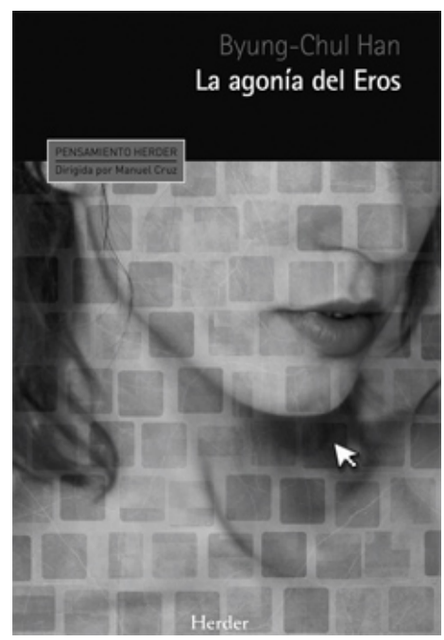
Si los libros de autoayuda sirven a Han para establecer una crítica del voluntarismo irracional, lo mismo sucede con sus ácidos comentarios a libros como *Cincuenta som-*

bras de Grey. Byung-Chul Han responde, para los primeros, con un principio de sometimiento al orden establecido, y con el libro de didáctica sexual de moda, con una reflexión sobre el erotismo que involucra el sacrificio, las vísceras, la suciedad, la cercanía de la muerte. Frente a Grey, Sade, por supuesto. Como en la gastronomía, la sexualidad no es higiénica, es intrínsecamente sucia. No hay placer que no involucre vida, y la vida no es pasteurizada.

De la mano de Blanchot, de Jean Baudrillard y de Lévinas, Han comenta, dialoga y polemiza con mayor y menor fortuna con Gilles Lipovetsky, Giorgio Agamben, Peter Sloterdijk, Zygmunt Bauman, Slavoj Žižek y otros pensadores contemporáneos para elaborar una tomografía del mundo contemporáneo: un ultrasonido que nos ayuda a explorar el trasfondo de la Matrix que habitamos. La velocidad, estudiada por Virilio en la *Estética de la desaparición*, es para Han uno de los mecanismos de sometimiento más poderosos del capitalismo neoliberal. Al decir de Giorgio Agamben en su reciente ensayo de raigambre foucaultiana *¿Qué es un dispositivo?,* vivimos en "el cuerpo social más dócil y cobarde que haya dado la historia de la humanidad".

En esta vena entran libros como *Psicopolítica* y *El enjambre*, que ahondan en el tema de la dominación del capital y que contienen profusos diálogos con el marxismo, con Bentham, con *La fábula de las abejas* de Tocqueville. La socialización obligatoria, a través de los celulares, las redes sociales, los dispositivos, no hace sino aumentar nuestra codependencia.

Si la velocidad y los dispositivos dominan el cansancio de nuestra era, es preciso, dice Han en *El aroma del tiempo*, uno de sus libros más sugerentes, detenerse, sumergirse en dos posibilidades sustantivas: la contemplación, el arte y la ausencia. Ya Walter Benjamin había elaborado una teoría de la "percepción distraída", siguiendo a Georg Simmel, en la que se privilegia la errancia sobre la atención, que sería un mecanismo enajenante (como el obrero de Chaplin, sujeto a una constante atención frente al peligro de una máquina devorante). Han utiliza en su libro sobre la contemplación la filosofía de Bergson y la *durée* de la prosa de Marcel Proust. Si bien el planteamiento no es nuevo, sí lo es el enfoque que le otorga al enlazarlo con Heidegger y Deleuze. *El aroma del tiempo*, desde su título poético y sugerente, alude a ciertos elementos intangibles, casi metafísicos, que recuerdan tanto al último Heidegger como a cierto budismo (el filósofo tiene un libro titulado *Filosofía del budismo zen*, donde entabla un puente entre el pensamiento oriental y Occidente). No es necesario destacar el origen coreano del filósofo alemán para recordar los diálogos que la filosofía alemana ha entablado con las filosofías orientales desde los tiempos de Schopenhauer. Esta búsqueda de la contemplación, de interrupción de la velocidad, se encuentra en el centro de la obra de Han. *El aroma del tiempo* es sin duda su libro más personal y acaso el más ambicioso por sus alcances filosóficos y poéticos. Se trata de una reflexión sobre lo narrativo, la temporalidad y el llamado "fin de la historia" (Fukuyama). El fin de la narración, de la historia, no es necesariamente el ocaso, sino en sus propias palabras: "el final de la narración, el final de la historia, no tiene por qué traer consigo un vacío temporal. Al contrario, da lugar a la posibilidad de una vida que no necesita la teología ni la teleología, y que, a pesar de ello, tiene su propio aroma. Pero requiere una revitalización". A lo largo del libro, Han explora el tema de lo que él llama la *disincronía*, un tiempo dislocado, que da tumbos o que gira sobre sí mismo. Se trata de un profuso diálogo y apostilla a *Ser y tiempo* de Martin Heidegger.

Cabe mencionar que esta nota no es más que un sobrevuelo. Lejos está la intención de elaborar una exégesis o un exhaustivo desglose teórico (dejo esa tarea a los profesionales de la filosofía: Byung-Chul Han ha tenido una escasa recepción en nuestro país que raya en lo alarmante), sino se trata ante todo de un llamado a la lectura de un pensador imprescindible para comprender los matices del mundo contemporáneo. **u**

Todos los libros de Byung-Chul Han en nuestra lengua fueron traducidos y publicados por la editorial Herder.